

LA HOJA DEL PUEBLO

Órgano del Partido Democrático Costarricense.
PERIODICO POLITICO Y DE VARIEDADES.

REDACTOR Y ADMINISTRADOR, JUAN CORONEL.

ADMINISTRACION GENERAL.
 Calle 23, Número 47 Norte.

SAN JOSÉ, SÁBADO 10 DE JUNIO DE 1893.

"LA HOJA DEL PUEBLO."
 Se publica los días Martes, Jueves y Sábado.

Condiciones de publicación.

La suscripción importa en esta República al mes y adelantado... \$ 1.00 cts.
 El número suelto vale... 0.10 "
 Los avisos, por cada centímetro cuadrado, una sola vez... 0.01 "
 Si se proporcionare cliché se cobrará por centímetro cuadrado... 0.01½ "
 Los que anunciaren por anualidades gozarán de la rebaja de un 10 %.
 Los avisos en lectura sencilla que no pasen de 20 palabras se cobrarán á razón de... 0.25 "
 Los comunicados de interés general se publicarán gratis. Los de interés particular á precios convencionales, siempre que los unos y los otros estén escritos en términos cultos y convenientes.
 El Editor no es responsable por los comunicados se reciben en esta capital en la Administración General, y en las otras provincias los Agentes recibirán las suscripciones.

**CALENDARIO.
 JUNIO.**

ESTE MES TIENE 30 DIAS.

Sáb. 10.—Santos Crisculo y Restituto, mártires, santa Margarita, reina y patrona de Escocia, santos Maurício, ob. y Zacarías, mártires, santa Oliva.
 Dom. 11.—San Bernabé, apóstol; san Fortunato, mr.
 Lun. 12.—San Juan de Sahagún, conf., san Onofre, anácoreta.

"LA HOJA DEL PUEBLO."

REPRODUCCION.

Damos cabida en nuestras columnas de honor al siguiente patriótico artículo de la *Prensa Libre*:

Ojeada general.

Si de un confín á otro confín de la República se respira el suave ambiente de la paz; si el pueblo tranquilo y confiado se entrega á sus labores ordinarias; si el espíritu público se siente despertar y las poblaciones se preparan para la lucha de los comicios; si el derecho de reunión se respeta en las diversas sociedades y partidos políticos y religiosos; si existe la prensa de opo-

sición, que publica artículos más ó menos agresivos contra los Magistrados públicos, y difunde noticias alarmantes y de sensación, respetándose así la libre emisión del pensamiento; si el pago de la deuda extranjera se hace cumplidamente, manteniendo alto el crédito público en Europa, hasta el punto de que sean los bonos de Costa Rica los pocos que suben en los mercados extranjeros, cuando bajan los de las demás naciones; si se hacen y se pagan puntualmente todos los ramos de la pública administración; si las rentas se manejan con honradez; si se fomenta la agricultura, la inmigración y las obras públicas; si se contratan teléfonos y nuevas líneas de vapores que presten un buen servicio internacional; si se le da todo el desarrollo posible á la instrucción pública; si, en fin, el Poder Judicial cumple su misión protectora de los intereses de los asociados, se puede deducir que el país goza de bienestar, que el país progresa y que las libertades públicas son una realidad y no un vano deseo de los ciudadanos.

Es lástima que este cuadro tenga sombras.

Acaso un artista al pastel, al óleo ó á la aguada, nos replicaría que todo cuadro necesita sombras; pero él se equivocaría: el cuadro político de una nación no las admite, porque en él las sombras se convierten en borrones ó manchas que destruyen los efectos de la luz.

En los cuadros políticos todo debe ser luz; luz y más luz, como dijo Goethe al morir.

Qué clase de sombras son esas? Dónde están?

Es lo que vamos á explicar.

En primer término, para que esta máquina política tenga su funcionamiento regular y cónsono con los principios republicanos, sería necesario que fungiesen dentro de su libre esfera de acción los tres Poderes, Legislativo, Ejecutivo y Judicial. Es así que falta el uno, el que dicta las leyes, luego el rodaje

está incompleto; ésta es una sombra.

En segundo lugar, si las garantías constitucionales están suspendidas por disposición del Poder Ejecutivo, sin los requisitos que la carta fundamental prescribe, y por tiempo ilimitado, aunque en realidad el mismo Ejecutivo no impida el goce de esas garantías, este régimen anormal será otra sombra.

Si la prensa llamada de oposición, en vez de demostrar con la fuerza del raciocinio y de la lógica la conveniencia y la necesidad de volver al régimen constitucional, haciendo presente la ausencia de circunstancias que en la actualidad la hicieran dispensable, se distrae formulando cargos inexactos, que por serlo carecen de toda eficacia, y aun resultan contraproducentes, como aquellos del desfalco de los \$50,000 que quedaron reducidos á 840; si en vez de la recta hacen uso de la oblicua, pues entonces allí hay un vacío sin luz, ó en otros términos, una sombra.

Si los hombres llamados por su inteligencia, por su ilustración, por su práctica en el manejo de los negocios públicos á ser cerebro y nervio de la sociedad, en vez de formar un centro social y político de propaganda y explanación de principios y doctrinas para controlar la avalancha de los nictálopes del pensamiento, se confinan á sí propios y relegan al olvido, indiferentes, esperando que el maná les caiga del cielo, sin tomarse siquiera el trabajo de alargar la mano para cogerlo, entonces en lugar de ser un foco de luz, son una sombra.

Si el Banco de Costa Rica en lugar de ser un poder moderador de las crisis económicas, es un poder absorbente, que contribuye con su tiranía á que emigre en forma de alto cambio la riqueza de la Nación, entonces ese banco constituye una sombra.

Si los representantes en la tierra del Poder espiritual de la Iglesia sueltan el cayado que deben condu-

cir sus ovejas al redil divino, para preocuparse solamente del poder terrenal, entonces en vez de la luz de su misión evangélica, difundirán sombra en el gran cuadro.

Y cada uno de los fanatismos, ya sea político, social ó religioso, será una sombra en ese cuadro.

Sacudamos, pues, de nuestras sandalias el polvo de todos los fanatismos, el polvo de todas las intransigencias, el polvo de todos los extremos, el polvo de todos los intereses bastardos; tomemos por única guía la linterna del patriotismo y en el punto en que converjan los dispersos rayos de todos los ciudadanos y de las diversas instituciones que privan á la sombra del árbol nacional, se habrán disipado las sombras del gran cuadro bosquejado.

Sacudir las sandalias y en marcha!

LITERATURA.

¡BUENOS DIAS, SEÑOR!

"El modernismo, elíxir de la fiebre."
 (ADRIANO GUVIGNY.)

Fernando Octavio Bruat despertóse una mañana con una idea que le pareció buena. Fernando Octavio Bruat era lo que vulgarmente se llama un literato. Había hecho versos que nadie quiso editar, novelas que todos los periódicos habían devuelto sin leer, obras teatrales que hasta el director de los Funámbulos había rechazado.

Sin embargo, á falta de talento tenía una teoría, un ideal. Creíase llamado á ser jefe de una escuela, y pensaba firmemente haber inventado el género moderno. Con esta palabra quería dar á entender la expresión de todo cuanto constituye nuestra vida contemporánea, tan extraña, tan práctica en ciertas cosas, tan loca en otras. Sostenía que ya es tiempo de romper de frente con las imitaciones, tanto clásicas como románticas, y que era preciso ahondar en la sociedad actual para extraer ideas, formas, una lengua, absolutamente nuevas y originales. Decía que, habiendo tenido cada época su expresión propia, á la nuestra correspondíale á su vez tener la suya.

Y no le faltaba razón. Por desgracia no tenía estatura para llevar al combate esta bandera que enarbolaba, y toda su valentía reducíase á discutir

mueho; á perorar en los cofés. Derribaba más vasos de *masagrán* que preocupaciones, y hacía más deudas que obras maestras.

Pues bien, una mañana, al saltar de la cama, encontró la obra maestra que tanto tiempo venía buscando. Al decir que la encontró, me equivoco, quiero decir que creyó encontrarla.

Había dado á luz un título.

¿Qué haría con él? Aún no lo sabía. Pero el título le pareció elocuente, sonoro, fácil de retener, rico en variaciones, lleno de *modernismo*, y resumen de todo el siglo, hecho á la vez de un modo sencillo y complejo.

Ese título era una fórmula tanto más asombrosa cuanto que era la más corriente; era una frase de dos palabras, que se dice millares de veces todas las mañanas; una frase no rebuscada ni pretenciosa, sin pedantismo, ni clásica, ni romántica. Era sencillamente: *¡Buenos días, señor!*

Con este título hizo primero un soneto.

El soneto fué leído á los amigos, claro es que con acompañamiento de preliminares y comentarios, lo mismo filológicos que filosóficos, destinados á hacer saborear su jugo, á dar á comprender todo su alcance.

Todos estuvieron unánimes en decir que era admirable.

—Hay que publicarlo lo antes posible— gritaron los más entusiastas.—Esto va á dar el tono de la poesía nueva.

Un quisquilloso, que no se atrevía á manifestar su parecer con franqueza, pero á quien se le avinagraba tal triunfo, envolvió sus críticas en un *elogio*.

—Creo que el asunto requiere mayor desarrollo. Por supuesto, que el soneto es bueno. Pero, ¿no os parece que no basta para una idea de tanta importancia? Una cosa tan profunda, ¡ijaos bien! tan varia, tan compleja, no cabe en catorce versos. El pensamiento, demasiado robusto, hace estallar la forma. En lugar de Bruat, haría yo de mi soneto un drama.

Todo el cenáculo se admiró, encantado al ver el famoso soneto sometido así á una corrección.

Bruat no comprendió la ironía del exigente.

—Tienes razón—exclamó engallándose.

—He empequeñecido mi idea dentro de ese molde estrecho. Gracias por tu crítica, que prueba cuánto me estimas. En efecto: mi ideal vale más que catorce versos: Haré con él un drama en cinco actos y nueve cuadros.

Y á pesar de las hipócritas protestas de sus amigos, hizo trizas el soneto obra maestra.

Vivió durante cinco años con el recuerdo de este soneto. Prometía de continuo el asombroso drama titulado. *¡Buenos días, señor!* Con esa obra en cartera habíase hecho casi célebre. Se sabía que sólo faltaban por hacer algunas escenas; afirmábase que avanzaba la tarea; los cándidos y los convenidos que no conocían ni de vista al autor, salían fiadores de su genio y extendían su renombre por todas partes. A creerlos, era un gran porvenir, una gran esperanza; debía esperarse el estampido de un trueno. Sin duda, empleaba en ella mucho tiempo; pero el áloe no tarda cien años en florecer.

Al fin tuvo término el drama. Fué un gran acontecimiento en los periódicos callejeros. ¿Qué teatro iba á servir de campo de batalla á la nueva escuela? ¿Iban, indudablemente, los directores de ellos á disputarse unos á otros el honor de presentar al público la obra capital del siglo XIX? ¿Habrá artistas capaces de interpretarla?

Ante todo, Bruat reunió su pequeña corte y quiso darle las primicias de su victoria.

No tuvo el mismo buen éxito que la pri-

mera vez. ¿Acaso se habían formado de antemano una idea demasiado alta de su drama? ¿Quizá no habría sido Bruat tan asombroso como se esperaba? ¿Tal vez mezclóse un poco de envidia con el juicio de los oyentes? ¿O estos eran menos jóvenes, y, por tanto, menos entusiastas? En una palabra: fué una lectura frustrada ó poco menos.

El quisquilloso fué el único que protestó contra la frialdad general, é hizo aspavientos de una admiración sin límites.

—Vamos, eso responde á la idea concebida. Hay movimiento, vida, observación, agudeza, eso está visto. ¡Se hundió el soneto! ¡Viejo, has encontrado el drama nuevo, el drama del porvenir, el drama moderno!

Pero Bruat estaba consternado.

En el fondo desconfiaba del descontentadizo, quien le había aconsejado sustituir el soneto por un drama. Le guardaba rencor porque el drama no producía ningún efecto, cuando el soneto lo había producido.

—Veamos—dijo á los otros—¿qué críticas se os ocurren?

—Ninguna, absolutamente nada—respondió el coro de amigos.

—Sin embargo, bien claro veo que mi drama no os parece bien.

—¿Quieres que te diga la verdad?—interrumpió uno á quien el fracaso de Bruat le daba ánimos.

—Díla, amigo mío; ya sabes que tengo por norma el buscar en todo la verdad.

—Pues bien; pienso que la vida moderna es demasiado enmarañada para ponerla en drama. Hay casualidades, fenómenos de medio ambiente, complicaciones de sentimientos, descripciones materiales y espirituales, sondeos fisiológicos y psicológicos que no se acomodan con la escena. Has luchado contra esta dificultad. Unas veces las has ladeado, lo cual produce lagunas; otras te has empeñado contra ella, lo cual engendra violencias. A pesar de todo tu talento, no has logrado sujetar al monstruo. Tu enredo es oscuro, tus personajes están mal explicados, tu desenlace no es natural. Y, sin embargo, ¡qué observaciones, qué fulgores de análisis, qué fuerza de penetración, qué lenguaje! ¡Ah! Para haber sacado ese partido, á despecho de los obstáculos, preciso es que seas un trabajador infatigable. Pero ¿qué quieres hacerle? Nadie está obligado á lo imposible. Yo, en tu lugar, refundiría todo eso, lo alargaría, lo aclararía, lo desarrollaría, me tomaría todas mis anchas, agrandaría el cuadro hasta la altura de mi pensamiento, y convertiría el drama en una novela.

—Tiene razón—repitió el coro—está en lo cierto. Esa es la coyuntura. Hay que convertir en una novela el drama *¡Buenos días, señor!*

La opinión era unánime, y Bruat demasiado sincero para no adherirse á ella. Con heroísmo arrojó al fuego su drama y se puso á hacer la novela.

Pasó diez años trabajando en ella. Llegó así para él el momento de la apoteosis. Tuvo más profetas que un Dios. Unos lo exaltaban por pura admiración. Otros, más maliciosos, pensando que en su vida haría ninguna cosa, le daban hombo porque no les parecía peligroso. Los críticos se valían de su nombre para aplastar á los escritores que producían. Los periodistas, faltos de original, hacían el ajuste con líneas de relleno anunciando su novela, ó refiriendo anécdotas acerca de su trabajo en las mil y una transformaciones de su obra. Los ignorantes, los imbéciles, los repetidores de vulgaridades, hablaban de él porque se hablaba, sin saber precisamente por qué. Llegó á ser tan conocido como el obelisco.

Sin embargo, acabaron por cansarse de esperar. Pasaron generaciones, y el eco de su gloria iba amortiguándose de una á otra. A los sesenta años estaba casi olvidado. Ya no se citaba su nombre sino de tarde

en tarde, y para eso, como el de un excéntrico, casi un chillado. Recordábase vagamente que trabajaba en una gran novela; pero se dudaba de que alguna vez la terminase, ó, más bien, había la seguridad de no verla nunca acabada. Hasta ya no se hablaba sino con sorna de aquella gigantesca tarea, de esos veinte tomos que querían resumir toda nuestra sociedad, de esa creación que debía ser la Babel y el *pandemonium* de la vida moderna.

Mucho más se hubieran reído como supiesen en qué ocupaba Bruat su vejez.

El infeliz había terminado esa formidable novela, escribiendo la materia de veintisiete tomos, con este título despampante: *¡Buenos días, señor!* Pero al fin de su trabajo, asustado de haber sido tan difuso, no se atrevió á afrontar la prueba de la lectura. Entonces se puso á abreviar, á cortar, á condensar. En fuerza de condensar, había llegado á reducir poco á poco aquella biblioteca, primero á diez tomos, luego á cinco, después á dos, y, por último, á uno. En fin de cuentas, llegó á concentrarlo todo en una novelita de cien páginas.

Fernando Octavio Bruat tenía entonces ochenta años. Ya no le quedaba más que un amigo, confidente de su ambición siempre viva.

—Publica tu novelita—decía el amigo.

—Te juro que dará qué hacer en el mundo. Es la flor y nata del *modernismo*.

—No, no—respondía Bruat;—aún no he llegado al punto de condensación que deseo. Ya ves tú; conozco mi oficio, conozco el público. Para hacer una obra duradera, para apoderarse del ánimo, para dejar una nota á la posteridad es preciso ser intenso. Ser intenso: eso es todo. Cien páginas, es ya ser demasiado difuso. En mi inspiración juvenil había encontrado la verdadera forma de mi pensamiento; una forma breve, precisa, cincelada, estrecha, que se ajusta al ideal como un corsé y como una coraza: me refiero al soneto. ¡Ah, si recordase mi maravilloso soneto de antaño! Pero, aún era demasiado flojo. Hoy lo haría mejor. Haré entrar en él toda mi experiencia. ¡Que pueda yo vivir aún diez años y verán los hombres lo que catorce versos pueden expresar; y la posteridad podrá conocer nuestra vida moderna, tan vasta, en ese poema tan pequeño, como se respira una esencia sutil encerrada en el diamante de un anillo!

Vivió los diez años requeridos, y la novelita desapareció como la novela y el drama; y, lentamente, verso por verso, palabra por palabra, letra por letra, quedó escrito el colosal soneto que debía contenerlo todo.

A los noventa y dos años, Fernando Octavio Bruat se encamó para morir. El amigo fiel estaba á su cabecera, gimiendo, llorando, desesperado de ver apagarse una tan alta inteligencia.

—¡No llores, amigo mío—dijo Bruat;—no llores! Muero, más mi idea no morirá conmigo. He roto mi primer soneto, he quemado mi drama, he echado al fuego uno por uno los veintisiete tomos de mi novela, luego los diez, después los cinco, más tarde los dos, al cabo el tomo único, y á la postre el cuento. Pero, al fin, hice mi obra maestra.

—¡El soneto! ¡El supremo soneto! ¡Dámelo, dámelo! No me lo has leído, pero sé que es la obra por excelencia. Dámelo, lo publicaré, me arruinaré si es preciso, para que aparezca grabado en oro con letras de diamantes. Lo merece. Deslumbrará al mundo. ¡Dámelo!

—¡Ese soneto! ¡Qué soneto!—tartamudeó Bruat con el estertor.

—¡Pues, tu gran soneto!—suspiró el amigo, quien veía llegar el delirio de la agonía.

—¡Ah, sí; el soneto, el gran soneto! ¡De-

masiado grande, amigo mío, demasiado largo! Hay que hacer con intensidad.

—¡Qué! ¿Has quemado también tu último soneto?

—He encontrado algo mejor. Lo he encontrado todo. La vida moderna, el *modernismo*, lo tengo, lo expreso. No está en un soneto, ni en un cuarteto, ni siquiera en un verso. Está....

Apagábase la voz; se volvía ronca, sibilante, extinta.

El amigo, con los ojos huraños y la boca abierta, se inclinó sobre el lecho para beber la última palabra, la palabra que rasgaría los velos, la palabra clave del misterio, el "ábrete sésamo" del arte venidero.

—¡Habla, habla!—decía.

—... Todo en una frase, todo en una frase—murmuraba Bruat.

Y el viejo se irguió, con un sobresalto de agonía. Su mirar era extático. Conoció que en los umbrales de la muerte veía el ideal soñado. Hizo un esfuerzo terrible, y la frase extraordinaria salió de sus labios con el postrer aliento.

Expiró diciendo:

¡Buenos días, señor!

JUAN RICHEPIN.

EL ALA DE UN ANGEL.

El hijo del rey de las islas Páldas, una mañana en que se paseaba en estío, entre la nieve (pues en las islas Páldas nieva en pleno estío, bajo el tibio sol, y los copos blancos sin frialdad, se ensanchan sobre los arbustos como jazmines y lirios) vió el príncipe en el suelo algo diamantino y plateado, suavemente tembloroso como un arpa que acaba de pulsar los dedos de un artista.

Más pequeña, aquella forma ligera perlada de lágrimas de aurora, hubiera podido ser el ala de una paloma arrancada y dejada caer por las garras de un ave de rapiña.

Pero como era una ala grande, algo azulada sin duda por haber atravesado los paraísos celestes, y aquel color azul se había quedado adherido en las plumas, era, á no dudar, el ala de un angel.

El hijo del rey se sintió presa de lánguida melancolía.

¿Cómo había perdido el ala el divino mansajero? ¿Habíala perdido en una batalla con un tenebroso espíritu, ó quizás bajo un golpe de viento infernal?

Sea como fuere, el pobre ángel debió estar humillado y triste, especialmente en esos bailes donde se baila con una de esas vírgenes hermanas de los ángeles.

A causa del dolor probable que el ángel sufría, el príncipe de las islas Páldas tenía pensamientos dolorosos.

¿Cómo encontrar al ángel y devolverle su ala?

Pensó consultar el caso con su bella prometida. Era la hija de un leñador del bosque. Con el ala bajo el brazo se fué á verla.

—¡Alma mía!—la dijo.—Te traigo una mala noticia.

—¿Has dejado de amarme?

—No... un ángel ha perdido una de sus alas blancas.

La muchacha se puso roja, pero no pareció sorprenderse.

—¿Sé lo que sucede. Es mi ángel guardián que ha perdido una de sus alas.

—¿De veras?

—Sí, la perdió el día que apoyaste tus labios en mi frente.

—¿Y cómo la recuperará?

—¡Ah! No sé.

—Yo lo sé. Con poner mis labios en tu frente, quizás el ángel recuperará su ala perdida.

Y así fué en efecto.

Un estremecimiento de alas se sintió elevarse por el espacio.

Era el ángel que volvía al cielo.

CATULO MÉDEZ.

VARIEDADES.

LA FATUIDAD MODERNA.

Se han perdido algunas enfermedades, como la *pituita vítrea* y otras cuya extinción deplora la Medicina con una candidez cómica; pero las enfermedades del espíritu continúan incólumes, y no tenemos que sentir la pérdida de ninguno de los defectos con que la naturaleza ó la civilización tan espléndidamente dotan á la humanidad: testigo de ello son los caracteres de Teofrasto, los grandes retratos de Plutarco, los calcos de La Bruyère, los cuadros vivos de Aristófanes, de Terencio, de Molière y la colección moderna de nuestros pintores de costumbres.

De esta inalterable constancia en los vicios y extravagancias, resulta una monotonía que desespera á los observadores y delatores de las debilidades humanas. No teniendo más recursos que matices casi imperceptibles y algunos cambios de vestimenta, véanse reducidos á rebautizar á sus modelos. El avaro de Terencio se trueca en el padre de Eugenia Grandet; Werther se llama Chatterton; Valmont, Ramière, Volmar, Jacques; y, á pesar de todo el ingenio empleado en estos disfraces, aun se conocen demasiado los modelos. Por tanto, es prestar un servicio á nuestros modernos Teofrastos el señalarles, á falta de caracteres nuevos, el cambio acaecido en ciertas ridiculeces, el cual comunica un particular aspecto á la sociedad y puede suministrar picantes observaciones á su genio crítico.

Por ejemplo, la fatuidad ha existido en todos tiempos; y este defecto, cuyo origen se pierde en las tinieblas de lo pasado, ha sufrido grandes mutaciones en nuestros días, desde Acteón, á quien por tan extraño modo castigó Diana, hasta Monaldeschi, cuyo atroz castigo no corrigió á ninguno de los amables fatuos del tiempo de Luis XIV y de la Regencia.

Es en vano buscar hoy en nuestros salones un caballero de Gramont, un duque de Lauzun, un marqués de Wardes, un mariscal de Richelieu, en fin, uno de esos brillantes seductores que no sabían conservar el secreto de una conquista. Tampoco se encontraría la copia de esos *cavallieri serventi*, que seguían los pasos de una mujer bonita, aguantaban sus desdenes, sus caprichos, con el único fin de dejar creer que tanta complacencia era recompensada; ni de esos galanes subalternos á caza de una carta imprudente, de una simple inconsecuencia, para compro-

meter á la mujer, más deseada por presunción que amor. Estos originales han desaparecido: la política, la literatura, la riqueza tienen aún fatuos; el amor ya no los tiene!

Y no es porque la fatuidad galante, ese achaque del amor propio, haya ido á reunirse con la pituita vítrea de los antiguos, no. Aquella manía de pregonar el triunfo que debía ocultarse, y de hacer creer en los que no se han logrado, siempre existe ante nuestros ojos; pero ha cambiado de sexo, y es curioso ver los efectos de esa trasmigración en todas las clases sociales.

El aire de indiferencia, la negación positiva, el disimulo, han pasado á ser patrimonio de los hombres; las preferencias ostensibles, las miradas tenaces, los pasos indiscretos, son la hijuela de las mujeres. Ellas son quienes exigen hoy lo que antaño no podían conseguir, á saber: que las visiten por la mañana; que las acompañen por la noche al teatro y al baile; que vayan á su encuentro en todas partes y se sienten junto á ellas en un salón para conversar allí á duo toda la velada como pudieran hacerlo delante de la chimenea de su gabinete, sin dárseles un ardid de lo que puedan pensar los doscientos maldicientes que compongan la reunión; que rompan toda clase de relaciones de amistad ó de cortesía con las demás mujeres. ¡Tanto les importa que nadie pueda equivocarse acerca del objeto de una predilección tan señalada! Ellas son quienes representan á gritos las escenas de celos y tienen aire de lástima para con las mujeres á las cuales se precian de arrebatarles sus jóvenes maridos. En otro tiempo delataban su amor por el escrupuloso cuidado que ponían en no pronunciar nunca el nombre de aquellos á quienes amaban; ahora, ese nombre figura en todas sus frases, preside al relato de lo hecho durante la víspera, al proyecto formado para mañana; es el eje sobre el cual gira su conversación.

De esta preferencia marcadísima no debe inducirse que ocurran cosas tan hondas como se aparentan, no; por desgracia ó por prudencia, la mayoría de esos amorosos sentimientos son muy honestos en el fondo. En primer término, porque la crueldad se ha hecho hombre; y después, porque teniendo esos caballeros por norma sostener á la vez unos amores positivos y una intriga novelesca, resulta de aquí mucho menos peligro para la última. Las fuerzas del corazón, como todas las demás, se empobrecen al dividirse; lo que se ama por la noche perjudica mucho á lo que se ha de amar por la mañana, y de las agitaciones del vicio nace un sosiego del que se aprovecha la virtud. De ahí proviene esa complacencia en dejarse adorar, esa paciencia para esperar ó esa habilidad para evitar los momentos felices, lo cual presta á nuestros jóvenes una lánguida gracia que sus padres no conocían. No es posible desesperarlos; no desean con viveza nada; su imaginación ya no se atormenta por buscar las ocasiones de verse, de confirmarse en el sentimiento que se inspira; por el contrario, sólo después de reiteradas negativas ceden y se condenan á sufrir el aburrimiento de una función teatral, la sonora charla de una tertulia ó el calor molesto de un baile. Este sublime sacrificio se ve recompensado con las más rendidas gracias: ¡Qué amable es V. al haber venido aquí! se les dice con acento de gratitud. ¡Cuánto se aprecia lo poco que hacen!

Ese heroico sacrificio no llega hasta á bailar con la mujer á quien cantivan. ¡Quita allá! Eso sería comprometerse demasiado. En primer lugar, el verdadero elegante baila poco ó no baila, y siempre con notabilidades como la señora de la casa, la heredera de más viso, ó la dama que piensa dar un bai-

le. Porque es de advertir que esos encantadores desdeñosos de los placeres de sociedad, tienen empeño en ser invitados á todas partes.

Y ya no es, como antaño, por seguir allí al objeto de sus afanes, por gozar con sus triunfos, por sentir palpitar el corazón, oyendo á todo el mundo "¡Qué hermosa es!" No, en verdad; donde más le importa ser admitido es, sobre todo, á la casa adonde no va ella. Es de ver entonces á la pobre mujer azacarse por llegar á obtener la esquila de convite que ha de proporcionarle la felicidad de ser testigo de las coquetearías del ingrato con otra. ¡Cuántas visitas, cuántos pasos, qué de adulaciones para conseguir ese objeto! No estaría bien invitar sin ella á sus más íntimos amigos, dice. Sería una injuria ignorar la intimidad de que hace gala; y, sin embargo, esa intimidad se reduce á recibir de tarde en tarde un ramo de flores, lo cual le da derecho á comprar otros, aparentando que de él proceden.

Nada hay tan divertido como la fatuidad de las mujeres por enseñar ese magnífico ramillete de camelias y brezo, de cuyo precio están bien sabedoras, puesto que se ha visto á persona de su servidumbre encargarlo en casa de Mad. Prévost; nada tan chistoso como su fingido apuro cuando se las habla sin la más mínima segunda intención del pesar de haberse presentado en su casa un día en que ellas no reciben, y todos sus arrumacos á propósito de una carta entregada sin disimulo y oculta en seguida en el cinturón, con el cuidado de dejarla ver lo suficiente para llamar la atención á los curiosos. Todos esos manejos, remozados por el cambio de lugar, son de lo más cómico y reclaman el tan exacto pincel de nuestros autores contemporáneos.

Hace poco se contaba la historia de un marido engañado como nunca lo fué marido alguno.

Un anónimo le había advertido caritativamente del amor de su mujer por un joven muy de moda. Todo se le indicaba sin ambages, las pruebas de la intimidad, los medios de escribirse, los sitios de cita. Encontraría un retrato en el secreto de un atril gótico, cartas en una cartera oculta detrás del marco de un cuadro, y á la infiel en una casita de la alameda de las Viudas, á la hora en que las Cámaras discuten los presupuestos.

Todos esos indicios, tan claramente detallados, comenzaban á perturbar el espíritu del pobre hombre. Sin embargo le da vergüenza otorgar crédito á un anónimo. Quiere observar por sus propios ojos y juzgar por sí mismo la importancia que merece la denuncia. Le llaman la atención los aires preocupados, las miradas lánguidas, los ramos de flores, los pasos misteriosos; ya no duda de su desdicha, y, como todos los maridos que no dudan, quiere convencerse. Fuerza el secreto del atril gótico.

Ofúscales la vista el retrato de un hombre; no conoce esa cara, pintada muy medianeamente á la acuarela, por la sencilla razón de que no tiene ni pizca de parecido; pero, la levita abrochada hasta el cuello, la corbata con el lazo hecho de cierta manera, la roseta en el ojal, todo eso está hablando. Es él—dice el marido;—y corre á la cartera que contiene la correspondencia. Allí cesa su incertidumbre; porque al decir es él, el buen hombre no sabía precisamente de quién hablaba; pues las levitas y corbatas negras, las rosetas rojas en la solapa, son muy comunes; por eso, en realidad, sólo supo á qué atenerse cuando tuvo en sus manos varias cartas firmadas con todas sus letras: A. de N.

Por supuesto, ya se comprenderá que esas cartas, firmadas como simples peticiones, no contenían sino fra-

ses corrientes y de lo más respetuosas. "Están escritas en cifra—pensó el marido;—estas frases frías y ceremoniosas representan indudablemente las más apasionadas expresiones; de no ser así, no las escondería con tanto cuidado." Entonces todo lo sacrifica, intereses políticos y jugadas de Bolsa, por la premura en dirigirse á la alameda de las Viudas.

A la puerta de la indicada casa hay un coche de alquiler.

—Esto es hecho—dice el marido, asegurándose de que lleva en los bolsillos las pistolas;—veremos si el malvado es valiente.

Baja del tilburi con el corazón lleno de rabia, decidido á matar al rival, á la culpable y á todo el que le quiera impedir hacerse justicia por su mano.

Toma por una calle de serbales, oye reír y hablar detrás de un seto... Esa alegría aumenta su furia. Se precipita, pálido y con los ojos torvos, hacia la primera salida que encuentra, y va á dar en medio de un colegio de niñas en plena hora de recreo.

Allí está su mujer hablando con la profesora, á quien recomienda particularmente dos pobres gemelas que ha educado á sus expensas, y que han sido confiadas á su caridad por el respetable cura de San Roque.

No comprende una jota del aire extraviado de su marido; pide explicaciones, á la vez que se las da del por qué se encuentra allí ella. No caben dudas acerca del motivo de aquel paso y de esta beneficencia en secreto; pero hay otros hechos acusadores. El marido des- pide su tilburi, monta con su mujer en el simón, y allí la hace sufrir un interrogatorio en toda regla.

La confesión de un crimen le hubiera costado quizá menos á aquella joven é inocente señora, que la de la extraña fatuidad que la había inducido á confiar á una pérfida amiga el enredo que no tenía. Porque ese señor A. de N., para con el cual habíase mostrado ella un poco coqueta, ni siquiera lo había reparado. Ese retrato, tan mal hecho como bien oculto, lo había pintado ella de memoria, y la media docena de cartas conservadas con tanto esmero eran la prueba escrita en lugares comunes de la más absoluta indiferencia; pero era preciso tener una confianza que hacer, una debilidad que alardear, una conquista de que presumir, y quiso la desgracia que la confidente fuese traidora y rival. Pero como la debilidad era imaginaria nada más, el marido se calmó muy pronto, contento de no tener que maldecir en aquella circunstancia más que la fatuidad venida á parar en ruca.

SOFÍA GAY.

ANUNCIOS.

AVISO.

Consulado de los Estados Unidos de Venezuela en San José de Costa Rica, á 2 de Junio de 1893.

Ayer falleció en esta capital, recién llegado á ella, el ciudadano venezolano JUAN DE LA CRUZ RIVERA, doctor en medicina de la Universidad de Caracas.

Lo publico en cumplimiento del art.º 48 de la Ley de 31 de Mayo de 1887, sobre servicio Consular de los Estados Unidos de Venezuela.

B. MARICHAL C.
Cónsul.

JOSÉ R. CHAVARRIA.

Abogado y Notario Público.

Despacha en el bufete del Lcdo. don MAURO FERNANDEZ.

Dr. C. Caycedo

MEDICO Y CIRUJANO.

Como siempre está á la disposición de su numerosa clientela en la Botica

"LA VIOLETA."



FRENTE A LA MARINA.

BUENO, BARATO.
SIEMPRE AL CONTADO:

Manteca frita,
Cerveza San Luis,
Cognac varias marcas,

Apollinaris,
Candelas esteáricas,
Whiskey nº 8,

Arroz, Almidón.

VARIADO SURTIDO DE VINOS Y LICORES.

VINO de RIOJA, garantizado puro, á 50 centavos botella; sin casco
10, 11.92.— A. L. ODIO.

PÍLDORAS DE VIDA

DEL DOCTOR ROSS.

Para las jaquecas,

Para el hígado,

PARA TODAS LAS AFECCIONES BILIOSAS,

PARA MALES DE ESTOMAGO.

Para todas las formas de DISPEPSIA

Y PARA TODAS

las impurezas de la sangre,

DOSIS DE 1 Á 4 PÍLDORAS.

10 píldoras en cada frasco.

VENTA EN TODAS LAS BOTICAS.

AGENTE GENERAL EN COSTA RICA,

A. L. Odio.

Frente á "La Marina."

18, 11, 92.



de ropa hecha de varias clases en el Almacén de

C. CERTAIN.

Calle de la Merced á 50 varas del Banco de Costa Rica.

San José, 15 de Mayo de 1893.

10-10

IMPRENTA

DE

"LA HOJA DEL PUEBLO."

Cuenta con los elementos necesarios para atender á las órdenes del público en todo lo concerniente al arte tipográfico.

JEFE DEL ESTABLECIMIENTO, IGNACIO TAVERA T.

Los precios, serán además tan módicos, como en ningún establecimiento de su clase.—Calle 23, N° 47 Norte.

La Venus.

5ª AVENIDA, OESTE, N° 301.

A precios sin competencia en esta plaza, se venden relojes, anillos, revólveres, leontinas, prendedores, cadenas y toda clase de alhajas.

ROPA DE SEGUNDA MANO,

en buen estado, casi regalada. Rebozos y pañolones de seda sumamente baratos. Dinero á interés sobre prendas, desde 25 centavos hasta mil pesos, á un interés módico.

Servicio esmerado,

SECRETO ABSOLUTO É INTERÉS MODERADO.

En el mismo establecimiento se realizan abarrotes, conservas y comestibles; todo de lo mejor y más exquisito que se importa á este mercado.

Tenemos el mejor vino legítimo BORDEAUX garantizada su pureza, á

UN PESO BOTELLA.

En el mismo establecimiento está en venta un piano muy barato.

Jaime J. Ross & Co

TIENEN COSNTANTEMENTE PARA LA VENTA

A precios baratísimos

Manteca de puerco

Harina el "Gallito"

Maíz blanco

Azúcar de varias clases

Escobas, Alpiste

Mantequilla

Arroz CAROLINA

Provisiones en general. Vinos, Cognacs y Whiskeys.
LECHE CONDENSADA, CERVEZA ESTRELLA y LEONA.

Almacén Americano

Establecido en 1869.

Importadores de mercaderías en general, especialmente en el ramo de

FERRETERIA.

MORRELL Y Co.

7ª Avenida, frente al Parque Central.

Tp. "LA HOJA DEL PUEBLO."